

La telaraña

Parque Chas – Plaza de Mayo (Buenos Aires)

Junio de 1955

Desde su casita de la calle Olivos, en el barrio de Mataderos, hasta Parque Chas, Daniela tarda un poco más de una hora. O sea, dos horas de viaje ida y vuelta, pero no se queja. No le gustaría para nada trabajar cerca de su casa. En una vida ideal, viviría más cerca de Parque Chas. Más ideal todavía sería vivir *en* Parque Chas. Sueño imposible para una pareja compuesta de un obrero gráfico y una mucama. Parque Chas es un universo de ricos, un coto vedado, un paraíso de silencio poblado de gente “civilizada”. Un islote en medio de la gran ciudad, el único barrio rompiendo la monotonía rectangular de los orígenes: diseñaron Parque Chas en torno a una plazoleta tan circular como las calles. Tres calles, ni una más, con nombres de ciudades europeas, Londres y Dublín (esas dos formando una calle única), Berlín, Cádiz, y tres perpendiculares que permiten escaparse: Gándara, Ávalos, Victorica. En el mapa forman como una telaraña, y en la realidad funciona igual: cuando uno se ve atrapado, lo ve difícil extraerse. O se pierde, o ya no quiere salir.

Hace poco más de un año que Daniela trabaja en Parque Chas. Encontró su primer trabajo en los clasificados del diario, y empezó limpiando la casa de una pareja de jubilados, los Rodríguez-Masón. Limpieza, y algo de cocina también. Daniela tenía otros sueños. Había empezado a estudiar dactilografía, pues cada vez que entraba en un banco, o cualquier oficina administrativa, y veía a las chicas detrás de sus escritorios, se imaginaba en su sitio. Ya. Pero mientras tanto, algo tenía que ganar para comprar la comida diaria.

Así que empezó en la casa de los Rodríguez-Masón. Luego, de boca en boca. Daniela es una chica concienzuda. No es que le guste este trabajo, pero tiene miedo a ser juzgada. Quiere mostrarse perfecta. Incluso cuando sólo se trata de barrer delante de una puerta. Es muy puntual. Y en cualquier situación, siempre risueña. “Es un sol” repite la Señora de Rodríguez a sus amigas cada vez que las ve, o sea varias veces a la semana. El sol irradia ahora cerca de diez casas de Parque Chas.

Eso sí que no: a Daniela no le gusta su trabajo. Lo necesita, pero esperando que no para mucho tiempo. Pero sí le gusta Parque Chas. Parece un pueblito en medio de la capital tan grande, con sus jardines escondidos, el silencio de sus calles enarboladas, su ambiente provinciano. ¡Pensar que, a dos pasos de acá, más allá de la calle Cádiz, uno vuelve al furor de las avenidas, del tránsito, de la gente apresurada, de las tiendas comiéndose las veredas, del rugido de los colectivos que huyen hacia el centro a toda velocidad! Allá, aunque tan cerca, la furia de la ciudad, acá, una isla de tranquilidad y de paz.

Sí que a Daniela le gusta este universo, ahora suyo durante toda la semana, desde el lunes por la mañana hasta el sábado a mediodía. Se siente una moradora más. Por lo menos puede jugar a serlo. Tiene las llaves de casi todas las casas donde trabaja, los transeúntes que encuentra en las calles la conocen y la saludan, incluso se toman un rato para conversar, como si ella fuese una vecina más.

Sin embargo cada día al caer la noche, vuelve a tomar el colectivo hacia su verdadero barrio, barrio pobre y destartado, sin árboles en las calles, ni flores en las ventanas, jardines sí tiene, pero llenos de malezas y de escombros, un barrio cuya miseria corre por todas las alcantarillas, donde a lo largo del día suenan radios a todo volumen a través de los vidrios rotos por niños aburridos. Eso es su verdadero barrio, el barrio en que realmente vive, pero donde nadie la conoce, ni la reconoce, un

barrio donde nunca se pasea - ¿A dónde ir a pasearse? – un barrio que le da miedo por las noches, cuando tiene que andar desde la parada del colectivo hasta su casa, en la oscuridad del invierno. Un barrio que aprendió a odiar, pero sabe que tardarán años en dejarlo, y tiene que aguantarlo, cueste lo que cueste. Aguanta Daniela, pero sólo porque también es el barrio de Miguel, ya vivía acá cuando lo conoció, y lo seguiría hasta el fin del mundo.

Entre todas las casas donde trabaja, la que prefiere Daniela es sin lugar a dudas la de los Suárez. No por su dueña. Silvia Suárez, aunque sea de la misma edad que Daniela, ya es una toda una burguesa a la antigua, muy apegada a las jerarquías sociales y que opina que nunca se tiene que confiar demasiado en la servidumbre. Por lo que se muestra definitivamente odiosa con Daniela. No le habla sino para dar órdenes. Y sólo una vez al día: el miércoles a principios de la tarde, el sábado a las nueve. Nunca la saluda cuando llega, nunca le propone algo de comer o beber antes de empezar, o mientras está trabajando. Y tampoco siente compasión cuando es evidente que Daniela llegó a trabajar en pésimas condiciones de salud.

Si a Daniela le gusta trabajar en casa de los Suárez, es más bien por el marido. Ojo. No se enamoró de Rodolfo. Nunca se le ocurrió mirarlo sino como a su patrón. Además Rodolfo es un militar – un *milico* dice Daniela. Piloto de avión de caza. Un puesto de mucho prestigio, pero para Daniela, Rodolfo es un milico ante todo. O sea, un tipo uniformado. Daniela siempre les tuvo miedo a los uniformes. Y aún más los militares. Aunque en rigor de verdad no le tiene miedo a Rodolfo. Pues con ella se muestra el contrario perfecto de su esposa. Atento, amable, cordial. Y por eso a Daniela no le molesta venir a trabajar los sábados por la mañana: durante el resto de la semana, Rodolfo trabaja en la base aérea de Morón. Cuando él está en casa, ella trabaja mejor. Más relajada.

No es tan solo su amabilidad lo que le gusta a Daniela de Rodolfo. Tampoco el mero hecho que es el único, entre sus empleadores, que no la tutea. Para llenar sus largos viajes en colectivo – no tardó mucho en conocer el paisaje de memoria – descubrió que le gustaba leer. Cual sea el tipo de literatura: principiante en el arte de leer, aún no tuvo tiempo de establecer jerarquías. Lee de todo, novelas policíacas, historias de amor, e incluso obras muy clásicas como el *Martin Fierro* de Hernández o el *Adán Buenosayres* de Marechal. Confía en los consejos del librero de la plaza Vicente Chas, quien además no duda en cambiarle los libros para que no gaste demasiado. Pero desde hace unas semanas, Daniela tiene otro maestro de lectura. Rodolfo se percató de su gusto para la literatura, y también empezó a prestarle libros. Es más: muy a menudo, mientras ella sigue faenando en la casa, un trapo o una escoba en la mano, se toma el tiempo de hablar con ella de sus lecturas. A Daniela la halaga el interés de su patrón, pero poco alimenta la conversación. La aterroriza tener que contestarle algo. Sabe demasiado de la distancia que la separa, ella pobre mucama sin instrucción ni cultura, de ese hombre que tan bien habla, y que la acerca de un universo que le resulta sin embargo demasiado extraño como para atreverse a pasar la puerta y entrar sin miedo a caerse en un pozo sin fondo.

Entró sin embargo, sin darse cuenta casi, de puntillas, sin hacer ruido. Rodolfo le prestó *Quien de nosotros*, de Mario Benedetti, un joven autor uruguayo, y si salió de esa lectura trastornada, se ve incapaz de explicar por qué. Y siente una frustración inmensa al devolver el libro sin encontrar una fórmula más consistente que “me gustó mucho”. ¡Cuánto le gustaría poder expresarle su infinita gratitud, y no encuentra más que palabras infantiles!

A menudo Daniela se pregunta cómo un hombre como Rodolfo pudo casarse con una mujer como Silvia. No es que le dé pena: al fin y al cabo, él la eligió. Por lo menos lo supone. No se imagina que en 1955 todavía se pueda casar por interés de familia. Incluso en la alta sociedad. Pero desde que trabaja en esta casa, nunca los vio besarse, ni abrazarse, aún menos demostrar algo de cariño.

Tampoco los vio discutir. Una tarde estaba quitando el polvo de las estanterías del salón, ellos en el sofá sorbiendo mate, y se paró a mirarlos. Sin duda demasiado tiempo, ya que Silvia la había reñido de muy mala manera. Había enrojecido, y había vuelto a la tarea. Por suerte, Silvia no podía haber adivinado en qué pensaba su criada en el momento. Se hubiera enfadado aún más. Durante unos segundos, Daniela les había imaginado en la cama, desnudos, y no había podido imaginarlos haciendo el amor. ¿Acaso una pareja como la de Rodolfo y Silvia podía follar? Sin embargo, ¿no son follar y discutir los dos últimos verbos del amor?

Daniela no siente ninguna compasión por Rodolfo. Todo lo contrario: ella lo culpa de haberse casado con una Silvia. Lo culpa también por ser un milico. Cree que cuando uno es un tipo como Rodolfo, cuando uno tiene la suerte de ser un hombre como Rodolfo, no se hace milico ni se casa con una arpía que desconoce el sentido de la palabra cariño. Para Rodolfo guarda un bolso lleno de reproches, aunque nunca lo abrirá delante de él. Y le molesta comprobar cómo cada sábado por la mañana, al entrar en la calle Londres, se acelera el ritmo de su corazón, y de sus pasos. A su pesar.

Martes, 14 de junio de 1955.

Miguel alza la mano, imponiendo silencio a su mujer. Daniela entra en la cocina, tirando del carrito de la compra, y ve a su marido pegado a la radio, sonido subido al máximo.

- Pero qué estás...

- ¡Calla! Perón está empezando.

Unos ruidos eléctricos, y en seguida la voz de un *speaker* anunciando el discurso del presidente. Perón habla desde la Casa Rosada. Daniela se sienta al lado de Miguel. Al final del discurso, él aprieta los puños.

- ¿Qué significa eso de la bandera? pregunta Daniela, desconcertada por el contenido del discurso presidencial.

- ¿Te acuerdas de la manifestación del sábado pasado?

- ¿La de los católicos?

- Ya. Y de los demás fascistas. Esa.

Daniela no participa en las manifestaciones. No es que no le interesa la política. Todo al contrario. Apoya a Perón, como lo hace Miguel, como lo hace la mayoría de la gente pobre de este país. Pero no le gustan las multitudes, les tiene miedo. Le gustaría convencer a Miguel de renunciar también, pero es imposible. Miguel pertenece a la CGT, forma parte de los grupos de choque. El sábado 11 de junio, grupos anti peronistas católicos se manifestaban contra el gobierno. No sin violencia: llegaron a derribar unas placas conmemorativas en homenaje a Evita. Los peronistas fueron a demostrar que Perón seguía teniendo apoyo dentro del pueblo. El choque implicó unas refriegas.

- No me gusta, Miguel. Eso va a acabar en desgracias. O peor, en drama. Toda esa violencia...

- ¿Y qué? ¿Querés que nos quedemos tranquilos en casa, y los dejemos hacer lo que les da la gana en las calles? Y luego, ¡todo el mundo a llorar porque han vuelto los fascistas!

- Perón tiene el ejército, la policía...

- ¿Policía? ¿Qué policía? Acá tenés el cuento de la bandera. Esos hijos de puta quemaron una nacional delante del Congreso, y pusieron la del Vaticano en su lugar. Y luego, ¿Qué? La policía nos acusa a nosotros. Tachan de anti patriota al peronismo. ¡Hijos de puta! ¡Sinvergüenzas!

- ¿No encontraron los culpables?

- Ni se van a molestar buscándolos. Somos perfectos chivos expiatorios. Si lo hicimos nosotros, lo hizo Perón. ¿Entiendes? Perón ordenando quemar banderas. Perón el nazi. Lo de siempre. Por suerte, reaccionó el Viejo. Pasado mañana habrá una manifestación de desagravio a la bandera. En Plaza de Mayo. Claro está, puede contar con nosotros. ¡Católicos de mis pelotas!

Miércoles, 15 de junio de 1955.

Daniela toca cuatro veces a la puerta. Como siempre. Su señal. Espera un rato. Toca otra vez, sin más resultado. Se sorprende. Empuja el picaporte, y comprueba que la puerta está abierta. Pasa, y guarda el paraguas en el jarrón del hall. Llama.

- ¿Señorita?

Se prolonga el silencio durante unos segundos más, y por fin, en el fondo de la casa, se abre una puerta y aparece Rodolfo, vestido con una bata, el pelo mojado.

- Discúlpeme, Daniela. Estaba tomándome un baño y no me di cuenta de la hora. ¿Ya son las dos?

- Si Señor. Pero soy yo quien tiene que pedir disculpas, no tenía que... Bueno, no pensaba encontrarle...

- Nada, nada. Usted no podía saber. Silvia se fue de compras con una amiga. Y yo...yo tengo que prepararme. Voy a pasar la noche en la base. Mañana tenemos que salir temprano por una exhibición aérea sobre la Casa Rosada.

- ¿Eso del desagravio a la bandera? Lo anunciaron en la radio. Habrá mucha gente en la plaza.

- Supongo que sí. A Perón aún le queda respaldo.

Daniela nota algo de ironía en las palabras de Rodolfo. No tiene dudas en cuanto a las opiniones políticas de su patrón. Pero eso confirma también la caída de prestigio que sufre el general incluso dentro del ejército. Tendrá que comentarlo a Miguel. Su marido tiene todavía demasiadas ilusiones al respecto.

No contesta nada a Rodolfo. Nunca hablan de política, por supuesto. El no sabe que Miguel forma parte de la CGT. Mejor así. Se tienen aprecio, aunque no formen parte del mismo universo social, y la política lo estropea todo, y siempre. Daniela supone que Rodolfo sabe que es peronista. No cabe duda. ¿Acaso Perón no es el presidente de los humildes?

- Pero pase, Daniela, pase. ¿Llueve mucho?

- A cántaros. Vaya día. En casa de los Gorospe, tuvieron que llamar al techador porque había un escape.

- ¿Hubo mucha agua?

- No tanto. Pero van a tener que cambiar el sofá.

- ¡Ja ja! Se va a poner contenta la vieja, ya hace un montón de años que intenta persuadir a su marido.

- Ya. Es lo que pensé yo también. El Señor Gorospe estaba muy enfadado. El sofá lo tenía de sus propios padres.

- O sea que se volvía polvo. Como él mismo, sea dicho de paso. Esos viejos cachivaches se tendrían que conservar en el formol.

- ¡Ay! Señor Suárez!

Se ríen. En secreto, Daniela bendice a Silvia. Es la primera vez que no la encuentra en casa. Así el ambiente de la casa está totalmente distinto. No se extraña, pero goza a fondo. La casa y Rodolfo para ella solita. Cuelga el abrigo, se quita los zapatos y se pone zapatillas. Un olor agradable sale de la cocina.

- ¿Usted hizo café?

- Supongo que todavía está caliente. Si no teme a envenenarse, puede tomar uno. Por cierto, a mí también me vendrá bien.

Daniela deja la taza en la mesita del salón, y se vuelve hacia la cocina. La detiene la voz de Rodolfo.

- ¿A dónde va? Llénese otra taza y venga a tomarla acá. Tiene tiempo, ¿o la casa está tan sucia?

Todavía Rodolfo viste la bata, y esta deja aparecer un poco de sus muslos. Daniela, avergonzada, no se atreve a sentarse frente a él. Se queda de pie, sonriendo tontamente, y acerca la taza de sus labios. Rodolfo se mueve un poco y, con la mirada, indica el espacio en el sofá, a su lado. Daniela duda un rato, y acaba poniendo media nalga en el sofá. Rodolfo también parece algo tonto, y cada uno queda callado, esperando probablemente a que caiga del techo el medio menos bobo de romper ese silencio. Por fin cae encima de Daniela quien está mirando a las estanterías.

- Estoy leyendo el libro que me prestó, el de Manuel Mújica Laínez.

- *Misteriosa Buenos Aires*. Un libro de cuentos. ¿Le gusta?

- Mucho. Pero el primer cuento es horrible. Un hombre que padece hambruna y que acaba comiendo a su propio hermano.

- Lo recuerdo. El hermano había robado el abrigo de un muerto para protegerse del frío, y el otro lo apuñala en la espalda. No podía saber quién era.

- ¿Y no es eso lo más dramático? Mata sin saber, y luego es demasiado tarde.

- Así es. Pero por suerte, los otros cuentos son menos dramáticos, ¿verdad? ¿Leyó "El espejo hechicero"?

- Sí. Pero el pobre comerciante acaba mal también.

- ¿Lo lamenta?

Daniela ríe.

- ¡Claro que no! Se lo merecía. Un hombre tan celoso...

- ¿No le gustan los hombres celosos?

- ¡Dios me libre! Hombres que consideran objetos a sus mujeres, ¡no gracias!

- ¿Su marido no es celoso?

- No. Por suerte.

- ¿Por suerte?

Daniela adivina el pensamiento de su patrón, y lo corta en seco.

- Bueno, sólo quería decir... Miguel, disculpa, mi marido, confía en mí. Como yo confío en él. Es algo importante, la confianza en una pareja, ¿Verdad?

- Claro. ¿Y yo?

- ¿Usted?

- ¿Cree que soy celoso?

- Usted... Pero...

Daniela traga su saliva. Preferiría volver a la cocina, esta conversación se está volviendo algo pesada. Pero insiste Rodolfo.

- Yo. Me gustaría saber cómo me percibe usted, yo, el milico pequeño burgués que le paga para limpiar su casa. Sé que mi mujer la trata mal, no me lo niegue. Tengo oídos para escuchar y ojos para ver.

- Bueno, no me molesta tanto. Estoy acostumbrada a...

- ¿A qué? ¿A que la trate como una esclava? Nadie se puede acostumbrar a eso.

- No lo tomo a mal. Es su carácter. Y usted es tan amable conmigo.

Sonríe Rodolfo, parece que se está enterneciendo sobre sí mismo.

- Amable, sí. Siento mucha simpatía por usted. Y estoy muy satisfecho de su trabajo acá.
- Muchas gracias, Señor.
- Tengo que hablar a mi mujer. No puede ser que siga tratándola así.
- Disculpa si estoy sincera, pero...
- Diga.
- A ella me parece que no le gusta mucho que le lleven la contra.
- ¿Entiende? Muchas veces, cuando veo cómo se comporta con usted, tengo ganas de reñirla. Pero odio las discusiones. Se enfada fácilmente. Y es celosa.

Daniela mira a Rodolfo, algo confundida, mitad emocionada mitad apiadada por esta extraña confesión, vacilando entre compasión y desprecio. Rodolfo, el milico, el piloto de caza, capaz de afrontar los peores peligros en el marco de su profesión, quien hasta está preparado a morir combatiendo si algún día fuera necesario, se vuelve un perrito manso cuando está en casa. Un hombre frágil, dominado, casi aplastado por una verdadera Gorgona incapaz de mediar las relaciones humanas sino en tanto relaciones de fuerza y de poder. Le cuesta trabajo a Daniela entenderlo. Ella y Miguel se parecen. No se eligieron por casualidad. Antes de Miguel, conoció a otros hombres, a veces muy distintos a ella, demasiado distintos, pero en esos casos no duró la relación. Lo encuentra lógico. ¿Cómo un hombre tan afable, tan bueno, tan dulce, pudo volverse a la vez un militar y el esposo de tal bruja? Linda, muy linda, pero venenosa. ¿Y así que celosa encima? Daniela duda si Silvia podría tener razones de ser celosa. A lo mejor sí. Rodolfo es un hombre atractivo, muy atractivo, joven, tan dulce... No deben faltar las mujeres que lo miran en su entorno profesional, por ejemplo. Ella misma, Daniela, si no estuviera casada, si él no lo estuviera tampoco, si no fuera un militar, si lo hubiera encontrado en otras circunstancias...

De nuevo, Daniela acerca la taza a sus labios, aunque hace rato que está vacía. Rodolfo acaba de incorporarse, y en el movimiento, la bata se abre algo más, y se ve más cuerpo todavía, un trozo de pecho, un hombro, un poco más del muslo, demasiado muslo... Daniela quiere mirar para otro lado, pero no puede. Se avergüenza de ella misma, de ese leve dolor que sienta a través del tejido del corpiño, de ese calor que le irradia todo el vientre. Cuando Rodolfo coge su taza y la deja en la mesita, no se mueve. Ni cuando le toca el brazo. Y cuando su mano encierra su muñeca y se siente atraída hacia él, se deja caer, sin más resistencia.

Jueves, 16 de junio de 1955.

El 16 de junio a las 12.38, la Plaza de Mayo no está repleta de gente, pero además de los transeúntes habituales, hay un público bastante numeroso atraído por el anuncio de la exhibición, sobre todo familias y simpatizantes de la causa peronista. Una mujer cruza la avenida Rivadavia, delante de la Catedral, corriendo con un niño, los dos cogidos de la mano, y se junta a la pequeña multitud. A las 12.40 la mujer, jadeando, levanta la cabeza y señala al cielo, invitando al niño a mirar. Un avión aparece, y en seguida otro. A las 12.42, se oye una explosión. Después de unos segundos de estupor, alguien grita.

- ¡Bombardean el palacio!

Pánico. Todo el mundo corre en todos sentidos. Otros aviones, y se oye ahora tableteo de ametralladoras. Más gritos. Otra explosión. Más allá, en la avenida Rivadavia, arde un colectivo. Se dirigía hacia la avenida Bolívar, repleto de pasajeros, cuando cayó la bomba que lo paró en seco. En la plaza, al lado de la pirámide, el niño está chillando. Su madre está a sus pies, inconsciente, las

piernas ensangrentadas. El caos es total. Nadie entiende lo que está pasando. Se oye una sirena a lo lejos, por la diagonal norte. Ahora un hombre está cerca de la mujer herida, y pide socorro. Una pareja se acerca, la mujer coge al niño de la mano, y los dos hombres llevan a su madre frente al Cabildo, donde paran un coche.

- Está viva todavía. ¡Tenemos que llevarla al hospital, deprisa!

Por suerte, el coche es grande y todos caben dentro. Se escapa a gran velocidad rumbo a la avenida 9 de julio.

A las 12.50, Angel Aspa, Carlos Laverda, Julio Benton y Miguel Oliveira están en una sala del cuarto piso de la sede de la CGT, en la calle Azopardo, y al oír un gran estruendo de vidrios rotos, se echan por el suelo. Balas les pasan por encima, acabando en las paredes. Un avión acaba de pasar a una altura muy baja, acribillando la fachada.

- ¿Qué significa este quilombo? Grita Ángel.

Alguien abre de golpe la puerta de la sala. Aparece la cara de Ramón Casado. Enloquecido.

- ¡Están bombardeando la plaza! ¡Atacan la Casa Rosada!

Se miran unos a otros sin entender.

- ¿Quién?

Estalla Ramón.

- ¿Cómo, que quién? Las fuerzas aéreas, ¡carajo! ¡Esos milicos de mierda! ¡Están bombardeando Perón, y nosotros también, la puta que los parió! Hugo¹ ya está hablando en la radio.

Abajo, todo está revuelto ya. Un tipo muy alto hace gestos con los brazos, y parece que la bronca va destinada a otro tipo mucho más pequeño y que se ha subido en una mesa.

- ¡Las pelotas! ¡Tratan de derrocar al gobierno, *nuestro* gobierno! Y con armamento pesado. Necesitamos fusiles, pistolas, cual sea. ¿O esperamos a que maten a Perón?

El petiso, quien no es nada menos que uno de los más altos dirigentes del sindicato, levanta las manos y pide calma.

- Perón ya está en seguridad en el ministerio de Defensa. Nos pide dejar actuar a las fuerzas leales. Ya están cercando el palacio.

El gigante se sube a la mesa, empujando el petiso, y vuelve a gritar.

- ¿Y nosotros nos vamos a quedar con los brazos cruzados? ¡A la mierda! Vamos a la plaza. ¡A la plaza!

Julio Benton se interpone.

- No todos, che, no todos. No podemos dejar el edificio sin defensa. Nos atacaron igual. Tenemos que ir a buscar a los camaradas en las fábricas, y organizar la defensa acá también.

Murmullos de aprobación. Deciden dividir las fuerzas. La mayoría se queda en el local de la CGT, y un grupo se encamina hacia las fábricas, a por los colegas. Sin embargo, un puñado de camaradas sigue Paco Tevez, el gigante, rumbo a la Casa Rosada. Dentro de ellos, figuran Miguel, Carlos y Ángel. Necesitan armas. Al cruzar la calle México, ven una tienda. El dueño no resiste mucho, pero prometen volver a pagar todo lo que se llevan. Pagará Perón. O la CGT. O la madre que lo parió. Cuestión de patria en peligro. No hay tiempo para apiadarse de los vendedores de muerte.

Al llegar al cruce de Julio Roca e Irigoyen, se dan cuenta de la magnitud del desastre. La plaza está cubierta de muertos o heridos, y de coches ardiendo. Ya no se ven aviones en el cielo, pero delante de la Casa Rosada, hombres haciendo fuego por todos lados. Está claro que los golpistas mandaron infantería.

¹ Héctor Hugo Di Pietro, secretario general provisorio de la CGT.

- Marinos, aclara Carlos, quien reconoció los uniformes.

A las 15, aproximadamente, el conjunto de fuerzas leales y de civiles peronistas logra cercar la totalidad de las fuerzas marinas delante del palacio. A las 15.15, otra escuadrilla siembra el terror encima de la plaza. A las 15.30, una bomba explota delante del pequeño grupo de civiles armados que tienen el cruce de Reconquista y Rivadavia. Seis mueren en el acto, entre ellos Miguel. Muere casi en los brazos de Ángel, malamente herido, quien dirá más tarde que la última palabra que pronuncio fue el nombre de su esposa.

Lunes, 20 de junio de 1955.

El jefe echa la foto encima del escritorio, y acto seguido se mira los dedos, como si se hubiese manchado con la sangre de la escena. Un hombre está desnudo en su cama, boca arriba, el cuerpo hecho sangre. Se ve sangre por todas partes, en las sábanas, en la alfombra, en la mesita de noche. Por encima de su cabeza también: se ve una constelación de gotitas en la pared. El rostro del muerto expresa una mezcla de dolor y sorpresa, más sorpresa que dolor. Una inmensa desilusión. Detalle aún más horrible, parece que le echaron su sexo cortado a la cara, y ahora yace pegado a su mejilla.

A pesar de su experiencia de casi treinta años de policía, el jefe no puede contener una mueca de asco.

- ¿No podía ahorrarme esta carnicería, Moreno?

- Es que no encontraba palabras, jefe.

- ¿Y dice que su mujer lo descubrió al volver?

- Ayer por la noche. Volvía de San Antonio de Areco. Pasó allá el fin de semana, en casa de sus padres.

- ¿Sola?

- Dijo ella que ocurría muy a menudo. Quiero decir, que iba a visitar a sus padres sola. Su marido no le cae bien a su padre. Pero me dijo poco más. Está en estado de shock. En el hospital. Los médicos creen que va a tardar unos días antes de poder hablar.

- ¿Así que no dijo nada más?

- No. Tampoco ella pudo llamarnos. Lo hizo un vecino, quien la había oído gritar y se había acercado a su casa.

- ¿Tiene una pista?

- El hijo de puta que hizo esto es un demente. O alguien que le tenía un odio tremendo.

- ¿Mujer?

-¿Lo dice por la emasculación? Bueno, nuestros archivos están llenos de cornudos que cortaron los cojones de los amantes de sus mujeres.

-¿Eso es su teoría?

- De momento, sí. El forense piensa que falleció bastante temprano en la mañana, entre las 4 y las 6, más o menos. Seis cuchilladas. Probablemente un cuchillo grande para cortar la carne. No lo encontramos, por supuesto. La mujer nos dirá si falta uno en la cocina. Se supone que el asesino tenía mucha fuerza. Las heridas son muy profundas. Sin embargo, un solo golpe fue mortal: en el corazón.

- O sea, más bien un hombre.

- O una mujer muy fuerte.

- ¿Se sabe cómo entró?

- No hay rasgos de entrada forzada. La cerradura quedó intacta. Pero todavía no sabemos si al llegar la Señora Suárez encontró la puerta cerrada o abierta. Lo único seguro es que encontramos abierta la ventana del cuarto, a pesar del frío.

- O sea que el asesino pudo pasar por acá, mientras Suárez dormía.

- Es una posibilidad.

- ¿Fuera de la Suárez, alguien tenía las llaves de la casa?

- Eso es mi segunda pista, jefe. Hay una mucama, que viene a limpiar dos veces a la semana. Se llama... a ver – busca en su libreta – Daniela Oliveira. Vive en Mataderos, pero todo el mundo la conoce en Parque Chas. Trabaja en por lo menos seis casas más del barrio. Muy apreciada.

- ¿Edad?

- Veinticinco.

- ¿Linda?

Moreno sonríe, leyendo en el pensamiento de su jefe.

- No podemos descartar la hipótesis. Pero tengo que admitir que nadie en el barrio vino a corroborarla. La opinión del vecindario es que la Oliveira es una santa. Tampoco tiene el perfil del asesino. Según dicen, es una chica pequeña y más bien flaca. Eso comprobaremos nosotros mañana. La convocamos a la comisaría. Otra cosa: un vecino la vio saliendo de la casa el sábado, o sea la víspera del asesinato, a las 12.30. Según dice el vecino, nada extraño: Oliveira trabaja en esta casa cada sábado por las mañanas. En cuanto al marido, un tal Miguel Oliveira, sabemos que murió el 16, en los acontecimientos de la plaza de Mayo.

- O sea, no tenemos que esperar mucho por este lado.

- No creo. Aunque a lo mejor, nos podrá enseñar algo en cuanto a la moral de su patrón.

Martes, 21 de junio de 1955.

Daniela, desesperada, no es más que un llanto continuo. La sacaron del despacho del inspector, maniatada, y la sentaron en un banco del corredor. Moreno se pasa un pañuelo por la frente. Parece exhausto, decaído moralmente. Sentados del otro lado del escritorio, sus ayudantes no dicen ni mu. Ellos también se ven abatidos. No pueden creer lo que acaban de oír. Moreno coge el teléfono, y llama a su jefe.

- Ya está. Es la mucama.

Del otro lado del teléfono igual, parece que no se puede creer. Largo silencio. Moreno, preocupado, elige completar el informe.

- Lo confesó todo. Y hemos encontrado el cuchillo en su propia cocina.

Otro silencio. Luego, una voz remota, que los ayudantes interpretan como muy enfadada. Se miran el uno al otro, preocupados. Moreno contesta.

- Todo es mi culpa, jefe. Tardé demasiado en atar cabos. Suárez no había participado en el bombardeo. Todo el contrario. Estaba a bordo del primer avión de Morón, de los tres que lucharon contra los de la Marina. Y cuando había regresado a la base, los rebeldes lo habían detenido, así como a sus compañeros. Esta semana tenía que recibir una condecoración por parte del ministro. Pero la mucama lo ignoraba todo.

-...

- Como dice usted, jefe. Puta historia.